

MITSUYO KAKUTA

*La cigarra
del octavo día*



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

MITSUYO KAKUTA

La cigarra del octavo día

Traducción de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Agarra el pomo de la puerta. Está congelado como un trozo de hielo, una frialdad que parece advertirla de que ya no hay marcha atrás.

Kiwako sabe que los días laborables, a partir de las ocho y diez de la mañana, el apartamento no está cerrado con llave durante unos veinte minutos. No hay nadie. En ese intervalo de tiempo dejan solo al bebé. Apenas unos minutos antes, escondida tras una máquina expendedora de bebidas, acaba de confirmar que la pareja ha salido. Sin vacilar, gira el pomo.

Al abrir le llega un olor mezcla de pan quemado, aceite, polvos de tocador, suavizante, nicotina, trapos húmedos... El frío del exterior se suaviza un poco. Cierra la puerta tras de sí y se desliza al interior de la casa. Es la primera vez que entra, pero le extraña comprobar la naturalidad con la que se mueve, como si fuera la suya propia. En cualquier caso, eso no significa que esté calmada. El corazón le late con fuerza dentro del pecho, agita todo su cuerpo. Le tiemblan las manos, las piernas. Le duele incluso la cabeza, un dolor que llega acompasado con las palpitaciones.

Paralizada en el espacio que queda junto a la puerta donde se dejan los zapatos, dirige la mirada al *fusuma*¹ de detrás de la cocina, cerrado a cal y canto. Está decolorado, con las esquinas amarillentas.

«No voy a hacer nada malo. Sólo quiero verlo un momento. Sólo me gustaría ver a su bebé; eso es todo. Después pondré punto y final. Mañana... No, esta misma tarde compraré muebles nuevos, buscaré un trabajo. Lo olvidaré todo y empezaré una nueva vida.» Kiwako se lo repite a sí misma varias veces. Finalmente se quita los zapatos. Contiene el impulso de correr hacia el fusuma y abrirlo de golpe. Observa la cocina con un movimiento rápido de los ojos. En el centro hay una pequeña

1. Tabiques móviles para separar espacios.

mesa redonda. Está sin recoger: un plato con migas, una bolsa vacía de pan de molde, un cenicero lleno de colillas, margarina, la monda de una mandarina. También el fregadero está lleno de cacharros: una tetera, un bote de leche maternizada, latas de cerveza aplastadas... Una escena de vida cotidiana desnuda que casi le corta la respiración.

De pronto, escucha un llanto que llega desde el otro lado del fusuma, como si el bebé la hubiera estado observando. El sobresalto la pone en tensión. Vuelve a clavar la mirada ahí. Camina con cautela sobre el frío suelo de linóleo. Se detiene justo delante y descorre los paneles de golpe. La inunda un calor sofocante mezclado con el débil lloriqueo del bebé.

Es una habitación tradicional japonesa. Los futones están extendidos en el suelo, aún sin recoger, los edredones echados hacia abajo, las mantas revueltas. Al lado, una cuna iluminada por el sol que se cuela a través de los visillos. Justo debajo, una estufa eléctrica con una luz testigo roja. Kiwako pasa por encima de los futones para acercarse a la cuna. El bebé llora, mueve los brazos y las piernas. Lo que al principio sólo era un hilo de voz ahora aumenta de volumen progresivamente. En la cabecera de la cuna hay un chupete, húmedo de saliva. Aún brilla.

Dentro de la cabeza de Kiwako resuena una especie de sonido metálico. Cuanto más alto suena el llanto del bebé, más intenso es su eco, hasta que ambos terminan por confundirse y siente como si ese lamento *in crescendo* brotara de su interior.

Cada mañana la mujer lleva a su marido en coche hasta la estación. No está lejos. Nunca se llevan al bebé. Como aún está dormido y la mujer regresará en apenas unos minutos, Etsuko prefiere no despertarlo. De hecho, tardará escasamente quince minutos. Kiwako ha entrado en la casa creyendo que lo encontraría sumido en un plácido sueño. Sólo quería verlo una vez, resignarse del todo. Después saldría a hurtadillas para no despertarlo.

Sin embargo, el bebé ha empezado a llorar y tiene la cara roja. Kiwako alarga una mano temerosa, como si fuera a tocar un explosivo, y la mete por debajo de su espalda. Lleva un pijama de felpa. Lo toma entre sus brazos. El bebé tuerce la boca, la mira con sus ojos inocentes. Sus pestañas están inundadas de lágrimas y una de ellas le resbala hasta la oreja. A pesar de sus ojos llorosos, sonrío. Sí, claramente ha sonreído. Kiwako es incapaz de moverse, está paralizada.

«Te conozco y tú también me conoces.» No sabe por qué se dice eso, pero es lo que siente.

Acerca la cara hasta que se ve reflejada en sus ojos límpidos. El bebé se ríe aún más, empieza a babear, a estirar sus extremidades con golpes secos. Se destapa, echa a un lado la manta que cubría sus piernas y deja al descubierto sus pies desnudos sorprendentemente diminutos, con unas uñas como de juguete. Es probable que ese pie tan blanco aún no haya pisado la tierra. Kiwako lo abraza contra su pecho. Acerca la cara a su pelo suave, respira hondo para impregnarse con su olor.

Tiene la cabeza caliente, suave; parece muy frágil, pero al mismo tiempo es dura y resistente. La asombra que pueda reunir ambas cualidades a la vez. El bebé acaricia con su mano diminuta la mejilla de Kiwako. Está húmeda, caliente. «No debo marcharme –piensa–; nunca lo dejaría solo en un lugar como éste. Yo le protegeré. Te protegeré del dolor, de la tristeza, de la soledad, de la inquietud, del miedo y de la dureza de la vida.» Ya no es capaz de pensar en nada. Kiwako murmura como si estuviera hechizada: «Te protegeré. Voy a protegerte para siempre».

En sus brazos el bebé juega como si la reconociera, como si la consolara, como si la admitiera y al mismo tiempo la perdonara.

3 de febrero de 1985

Me he desabrochado el botón del abrigo para meter dentro al bebé, como si lo envolviera. Después he empezado a correr a ciegas. No sé hacia dónde voy, pero en alguna parte de mi cabeza aún soy capaz de pensar con frialdad y se me ocurre que si me dirijo a la estación es muy probable que me encuentre con esa mujer. Quizá por eso mis piernas me llevan de manera casi automática en dirección opuesta. En un cartel leo: «Carretera de Koshu». Aprieto el paso en la dirección que indica la flecha blanca. Me doy cuenta de que se acerca un taxi libre y levanto la mano en un acto reflejo.

Subo al vehículo y descubro que no sé adónde ir. En el retrovisor se reflejan los ojos atentos del conductor.

–Parque de Koganei, por favor.

El taxi arranca. Me vuelvo y veo cómo se aleja poco a poco de esa ciudad tan poco familiar para mí. El bebé empieza a llorar bajo el abrigo.

–No llores, no llores... –Me sorprende al pronunciar esas palabras de una manera casi instintiva–. No llores –las repito de nuevo, y le acaricio la espalda.

Hay mucho tráfico. El taxi apenas avanza. Los gimoteos, los ruiditos que hace el bebé con la nariz, cesan. Se chupa el dedo gordo y se adormece. De repente abre los ojos, como si volviera en sí. Emite un sonido débil, como si estuviera a punto de llorar, pero enseguida pone los ojos en blanco, vencido por el sueño. Se me amontonan los pensamientos: «Hay que comprar pañales, leche maternizada, tengo que decidir dónde vamos a dormir esta noche». Antes de ser capaz de ponerlos en orden, me asaltan las dudas: «¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer ahora mismo?». Cuanto más pienso, más me desespero. No sé

por qué, pero me asalta un terrible sueño. Me adormezco igual que el bebé, constantemente. Abro los ojos al sentir su tacto suave, ese ligero cosquilleo en la nariz que me produce su olor a leche cuando lo estrecho entre mis brazos.

—¿La dejo en la entrada del parque? —pregunta el taxista en un tono seco.

Miro hacia fuera.

—Gire a la derecha en el siguiente cruce.

Las palabras me salen sin pensar. Si voy al parque tan temprano por la mañana, el taxista se extrañará. Me parece más prudente bajar en un lugar más acorde con la hora, como un barrio residencial.

—Es la siguiente esquina, frente a aquella casa.

Finjo que es la mía. Le pago. Me da la vuelta, yo le doy las gracias y bajo con una sonrisa en los labios. Yo misma me sorprendo de ser capaz de sonreír.

Cuando el taxi se marcha, desando el camino. Busco alguna tienda abierta y giro en dirección al puente de Kanno. Allí hay varias, pero están todas cerradas. Camino un poco más y regreso al parque. No sé por qué le he dicho al taxista que me trajera aquí. ¿Será porque ya he estado antes con él?

A primera hora de la mañana tiene un aspecto desolador. Sólo hay un hombre que hace deporte y una mujer que pasea a su perro; nadie más. Me siento en un banco junto a la entrada y contemplo al bebé dormido. De su boca ligeramente entreabierta cae un hilillo de baba transparente. Se la limpio con el dedo.

Lo primero que debo hacer... ¡Un nombre! Claro, hace falta un nombre.

Kaoru. Es el primero que me viene a la cabeza. Lo elegí con él. Lo escogimos entre otros muchos porque sonaba bonito. No nos importaba el sexo.

—Kaoru... —susurro al bebé profundamente dormido.

Sus mejillas tiemblan levemente. Sabe que le llamo.

—Kaoru, Kaoru-chan...¹

Me siento feliz. Repito su nombre varias veces.

Calculo que serán casi las diez y salgo del parque. Vuelvo a la misma calle de antes para ir a la farmacia. Seguro que ya está abier-

1. «Chan» es el diminutivo que se usa normalmente para los nombres femeninos.

ta. Miro en las estanterías donde se encuentran los pañales, las toallitas húmedas y la leche maternizada. También me fijo en los biberones, pero me doy cuenta de que por muchas cosas que compre, ni siquiera sé preparar la leche. Mientras leo el prospecto agachada frente a la estantería, Kaoru empieza a moverse y a gimotear con voz débil. Me levanto un tanto alarmada y trato de consolarla. Le doy unos golpecitos en la espalda, se la acaricio, le hablo en voz baja. «No te preocupes, Kaoru-chan.» En lugar de calmarse, llora cada vez más fuerte.

–¿Qué te pasa? ¿Tienes hambre?

Me vuelvo en dirección a la voz que me ha sorprendido y veo a una mujer mayor con una bata blanca que mira a Kaoru.

–Una amiga me ha pedido que se la cuide, pero no me ha dejado pañales ni me ha dicho qué leche toma. Se ha ido sin más –improvisó mi respuesta

La mujer me mira, atónita.

–¿Qué marca quieres? ¿Te parece bien ésta?

Alcanza un bote de leche y un biberón de la estantería, y desaparece en la trastienda. Es una farmacia antigua. Miro una pomada para las picaduras mientras le acaricio la espalda a Kaoru. Su llanto desconsolado no me deja pensar con claridad. ¿Qué debo hacer?

–¡Hay que ver la juventud de hoy en día! –La mujer sale de la trastienda con el biberón lleno de leche–. Prefieren divertirse antes que hacerse cargo de sus hijos. ¿Leíste la noticia del periódico el otro día? En nuestra época, matar a golpes a un niño era algo impensable.

Para hablar sola, su tono de voz resulta demasiado elevado. Se hace cargo de Kaoru; más bien me la arranca de los brazos.

–Tienes hambre, ¿verdad, cosita preciosa?

Le habla con dulzura. Le acerca el biberón a la boca. Kaoru sacude la cabeza sin dejar de llorar, pero enseguida se rinde y empieza a beber con gesto serio y los ojos bien abiertos.

–¿Te ocuparás de ella sólo hoy? La cantidad de leche que tienes que darle viene indicada aquí. Son unas cuatro tomas al día, cada tres o cuatro horas. Luego tienes que hacer que eructe... Pero bueno, fíjate, ¡hacéis el mismo gesto!

La mujer se ríe. Miro a Kaoru fijamente, con avidez. Sonríe desconcertada. Después de pagar, le agradezco su ayuda a la mujer y salgo de la farmacia.

Llevo a Kaoru en brazos y una bolsa de plástico llena colgada del brazo. Regreso al parque. Por el camino, me cambio la bolsa de lado en varias ocasiones. Voy al baño público, pero no hay cambiador. No me queda más remedio que buscar un banco. El pañal está completamente empapado. Limpio con sumo cuidado sus órganos sexuales, en los que no existe ninguna protuberancia. Le pongo un pañal limpio.

Mentalmente, he cambiado y alimentado a un bebé en infinidad de ocasiones. Amamantaba a una Kaoru imaginaria, cambiaba sus pañales, la bañaba, la arrullaba hasta que se dormía.

Tengo cierta experiencia con los bebés. Cuando Yasue Nigawa dio a luz, la visitaba a menudo para echarle una mano. Cambiaba a la niña, le daba el biberón y la mecía en mis brazos hasta que le entraba el sueño. Lo mismo que con mi Kaoru imaginaria. Por eso estaba convencida de que podría hacerlo sin ninguna dificultad, aunque ahora el pañal se me arruga a la altura de las ingles y tengo que repetir varias veces la operación.

«Yasue.»

Levanto la cabeza. En el desolado cielo invernal no se ve ninguna nube. «¡Es verdad, Yasue. Yasue está allí!»

Siento como si todos mis problemas se hubieran resuelto de golpe, aunque sé que no es más que una ilusión. Levanto a Kaoru por encima de mi cabeza y la niña se ríe con un hilo de voz. Dejo que sus pies aterricen en mi cara. Están congelados.

«Kaoru, mi Kaoru. Todo va a salir bien. Tranquila.» Parece comprender lo que le digo. Me mira desde lo alto sin dejar de sonreír y se chupa el dedo.

Subo al autobús que se detiene a la salida del parque y lleva hasta la estación de metro. Allí tomo la línea central en dirección a Shinjuku. Al llegar, entro en unos grandes almacenes y adquiero un portabebés, una manta, un buzo y algo de ropa interior. Subo a otra planta para comprarme una bolsa de viaje. Me encierro en el baño. Cambio a la niña y lo meto todo en la bolsa.

Llamo a Yasue desde la cabina que está frente a los grandes almacenes.

–¡Cuánto tiempo! –se sorprende.

Su voz suena estridente. Le pregunto si puedo ir a verla.

–¡Claro que sí! Ven cuando quieras. ¿Dónde estás? –me pregunta con voz alegre.

Intento elevar mi tono para alcanzar el suyo.

–No estoy sola.

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

–Yasue, aunque te extrañe, ahora soy madre. Me he convertido en mamá.

–¿En serio? ¿Cuándo? ¡Qué sorpresa! ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Cuándo diste a luz? ¿Es verdad?

–Lo siento, no me quedan monedas. Luego te lo cuento. Tomaré el próximo tren.

Su voz chillona aún resuena en el auricular cuando cuelgo.

Tomo la línea Shobu. Kaoru está de buen humor. Sonríe constantemente al chico que está sentado a nuestro lado. Alarga la mano para tocarle. El chico no sabe qué hacer. Le agarro el brazo a Kaoru para que le deje. Ella aprieta fuerte con sus dedos pequeños. Me mira absorta.

Me apeo en Motoyawata. Mientras camino hacia la casa de Yasue, no dejo de repetirme una y otra vez lo que debo decir. «Todo va a salir bien.» La última vez que estuve allí fue antes de dejar el trabajo, hace ya casi un año. Desde la estación, la calle transcurre en paralelo a la vía. Está más animada de lo que recordaba: una farmacia, un videoclub, una floristería, un restaurante familiar...

Yasue me espera en la calle, delante de su casa. Al verme, agita la mano y echa a correr hacia mí, impaciente por ver a Kaoru.

–¡Huaah! Qué monada; ¡no me puedo creer que seas madre!

Sin dejar de hablar con su voz estentórea, sus manos expertas me arrebatan a Kaoru. La niña tuerce el gesto, como si dudara entre llorar o no. Abre la boca y mira fijamente a Yasue con sus ojos limpios.

–¿Y Miki-chan? –pregunto

–En casa de su abuela. –La madre de Yasue, que hasta hace poco vivía sola en Yokohama, se ha mudado a una casa cercana–. De vez en cuando cuida de ella. Aunque no le diga nada, viene y se hace cargo de todo –explica Yasue entre risas, y vuelve a mirar a Kaoru–: ¿Cómo te llamas? Eres una niña, ¿a que sí?

–Me llamo Kaoru, encantada –digo yo en su lugar.

A Yasue le hacen gracia mis tonterías y Kaoru se contagia de nuestro buen humor. Al fin consigo relajar un poco la tensión que me tenía atenazada. He hecho bien en venir.

Yasue vive en el quinto piso de un edificio de ocho plantas. En su casa tiene muchas más cosas de las que recordaba de mi visita ante-

rior; todo está completamente revuelto. El fusuma de la habitación del tatami está garabateado con dibujos infantiles. Hay una casa de muñecas y cuentos por todas partes.

—Compramos esta casa para estrenar y ya han pasado cinco años. Le he pedido a mi marido que deje de fumar, pero no me hace caso. Por si eso no fuera suficiente, Miki se ha convertido en un genio de la pintura mural —se excusa como si me leyera el pensamiento.

Se ríe y me ofrece unas zapatillas de andar por casa. Me siento en el sofá.

—Esto... Verás, Yasue. Necesito tu ayuda.

Está en la cocina preparando té.

—¿Qué te hace falta? —pregunta en tono despreocupado.

Respiro hondo antes de volver a hablar.

—Esta niña no es hija mía. Tengo un novio y... es la hija de su ex mujer. Vivimos juntos. Bueno, vivíamos juntos hasta ahora. Su ex mujer tenía un amante y abandonó a la niña, por eso él se vino a vivir conmigo con Kaoru. Sin embargo, aún no ha resuelto lo del divorcio. Queríamos casarnos cuando acabaran todos los trámites, pero es violento con la niña y, por si fuera poco, cada vez bebe más. Me he escapado, he huido de él y no voy a volver. Yasue, no quiero causarte molestias, pero de verdad, necesito que me ayudes.

La historia me sale de corrido. Yasue, que ha venido de la cocina con las tazas de té, está tan concentrada en lo que le digo que se olvida de dejarlas encima de la mesa. El silencio cae sobre el salón y sólo se rompe con la vocecita de Kaoru, que no llega a formar palabras.

—Oye, Kiwako, ese novio tuyo es...

Finalmente, deja la taza de té sobre la mesa. Parece recordar, pero es demasiado discreta para decirlo de forma abierta.

—No, no —la interrumpo—. Hace tiempo que me separé de él.

Poco a poco recupero los recuerdos. Le conté mi historia con ese hombre con todo detalle, como cuando éramos estudiantes. Hablábamos por teléfono y las conversaciones eran cada vez más graves, más largas. Miki tendría entonces dos años. Seguramente Yasue estaba agotada con las tareas de la casa y el cuidado de su hija, pero siempre me escuchó pacientemente hasta que yo estaba preparada para colgar. Un día terminó por decir en un tono poco habitual para una mujer tan sosegada como ella: «No me cuentes nada más, no quiero escucharte. Si sólo vas a hablar de él, no vuelvas a llamarme».

No lo dijo sólo porque estaba saturada, sino también porque se preocupaba por mí, aunque de eso no me di cuenta hasta mucho más tarde.

—¡Me alegro mucho! Aquel hombre era una pésima influencia. Pero, Kiwako, huir no es una opción. Aunque beba, al menos deberías hablar con él, ¿no crees? Trata de solucionarlo de algún modo. —La miro fijamente. Es una mujer con las ideas claras que se esfuerza por decir las cosas sin rodeos—. Huyes porque bebe y es violento, pero ¿puedes separar sin más a la niña de su padre? No creo que sea lo mejor para Kaoru. Me da mucha pena por ella.

Recuerdo nuestra época de estudiantes. Teníamos un profesor que fumaba y ella siempre se levantaba en mitad de la clase para protestar. Yasue siempre hablaba claro, y aquel profesor dejó de fumar.

Por un instante tengo la impresión de haber vuelto atrás en el tiempo: tenemos acné en la frente, el profesor ha escrito en la pizarra unas frases ininteligibles en francés, se oye un rumor alegre de voces en el pasillo y, tras la ventana, la secuoya del alba recibe la luz del sol sobre sus hojas frondosas. Cuando quiero darme cuenta, estoy llorando. Lloro encorvada, con la cara pegada a las rodillas.

«Lo siento, Yasue, lo siento de verdad. No puedo dar marcha atrás. Tú no has cambiado, pero yo no puedo volver a ser la que era.»

—¡Oye, espera! No he dicho que tengas que marcharte. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, pero no puedes pasarte la vida huyendo. Cuando estés más tranquila, deberías volver y hablar con él. Lo mejor es que los tres forméis una familia.

Padre, madre, Kaoru... Soy incapaz de levantar la cara de entre mis rodillas. Ahogada en un mar de lágrimas y mocos, intento contener un llanto, que más bien se parece a las náuseas, que cada vez me golpea con más fuerza.

—Por cierto —dice Yasue para tratar de calmarme—, he regalado a mis amigos la mayor parte de la ropa y los juguetes de cuando Miki era pequeña, pero aún guardo algunas cosas. Después las sacamos, ¿vale? Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. No te preocupes por mi marido. ¿Conoces ese videojuego que empezaron a vender a finales del año pasado? Hizo cola toda la noche para ser uno de los primeros en comprarlo. ¿Te lo puedes creer? Parece mentira. Llega a casa y no hace otra cosa más que jugar. Se ha convertido en un mueble, en una figura decorativa, nada más. Así que no hay de qué pre-

ocuparse. Me alegro de tener alguien con quien hablar. No llores más, Kiwa.

Yasue me consuela con su forma atolondrada de hablar.

–Gracias, lo siento.

Pronuncio las palabras con suma dificultad y, al mismo tiempo, tomo una firme decisión en lo más profundo de mi ser: no debo molestarla. Tengo que asumir yo sola esta responsabilidad; no puedo cargársela a nadie por muy leve que sea. No debo contarle la verdad, aunque eso me haga sufrir.

Ya de noche, Shigeharu, el marido de Yasue, vuelve a casa cargado con judías de soja secas. Se me había olvidado, hoy es *setsubun*.¹ Cuando Shigeharu se coloca la máscara de demonio, Kaoru se pone roja y rompe a llorar. Miki también.

Shigeharu ha engordado. Imagino que la vida cotidiana de los padres debe de ser así. En cuanto termina de cenar, se pone a jugar con el videojuego, tal como me había advertido Yasue.

4 de febrero

Dejo a Kaoru con Yasue y salgo del piso. Tomo la línea Soubu hasta Kichijyoji y allí hago transbordo a la línea Inogashira. Ayer por la mañana caminé por esas mismas calles, pero hoy se me antojan las de otra ciudad. Me siento extrañamente ligera, como si hubiera renacido en otra persona. Intuyo que todo irá bien.

Sin embargo, a medida que me acerco al apartamento en el que vivía hasta ayer mismo, mi corazón empieza a palpitar cada vez más rápido. Me viene a la mente la imagen de la policía rodeando la casa. He leído el periódico de arriba a abajo en casa de Yasue, pero no he encontrado nada. Me repito a mí misma que no hay problema, intento borrar la idea de mi cabeza. «Ayer no ocurrió nada, al menos nada importante para los periódicos.» Aprieto el paso.

Giro la llave y entro. El estudio que alquilé hace cuatro meses me recibe como si aún fuera una desconocida. Abro el zapatero medio

1. La tarde del 3 de febrero existe la costumbre de tirar judías de soja asadas al exterior de la casa para ahuyentar a los malos espíritus. Para evitar futuras desgracias, cada uno debe comer tantas judías como años tenga.

vacío y alcanzo unos papeles guardados en un estante. Me agacho para recoger del suelo un sobre de la inmobiliaria y me dirijo a la habitación. Busco el teléfono. Digo: «Aaaah», para confirmar que no me tiembla la voz. Marco el número.

–Me llamo Kiwako Nonomiya, del *Sky Haitsu*, apartamento 102. Todo va bien: mi voz no tiembla, suena natural.

–¡Ah sí! Nonomiya-san,¹ del *Sky Haitsu*. Sí. Sí.

Es una voz de hombre. Parece simpático.

–Verá, mi padre se ha puesto enfermo. Debo volver a casa lo antes posible, lo siento...

Recuerdo que hace un año usé la misma excusa. En aquella ocasión no mentía, pero me temblaba la voz por la zozobra, la ira, la desesperación.

El hombre de la inmobiliaria me advierte:

–Aunque se marche hoy mismo, tendré que cobrarle el alquiler del próximo mes por avisar con tan poco tiempo ¿Le parece bien?

Le digo que sí, que no hay problema.

–En ese caso, pase por aquí para rellenar el papeleo y traiga la llave, por favor.

–¿No podría enviársela por correo? Es que debo irme enseguida...

–Bueno, por correo... Entiendo que son circunstancias especiales, pero no creo que se marche usted hoy mismo o mañana, ¿no? Le envío los papeles enseguida para que les eche un vistazo.

La agencia no me pidió fianza ni extras, pero al final dejar la casa resulta más complicado de lo que esperaba y eso me fastidia.

–Está bien. Cuando decida la fecha, le llamaré e iré a su oficina.

En realidad, no tengo ninguna intención de hacerlo. Cuelgo el teléfono.

Saco una bolsa grande de basura de debajo de la pila y meto dentro lo más necesario: toallas, artículos de baño, la arrocera, un reproductor de CD. Me alegro de no haber comprado muebles grandes. El futón no cabe de ninguna manera dentro de la bolsa. Lo ato con una cuerda. Apago el frigorífico; está prácticamente vacío. ¿Dónde se podrá tirar un frigorífico y un futón? El contenedor de basura que hay frente al apartamento siempre está lleno, porque la gente no respeta

1. El sufijo «san» tiene un uso de cortesía. Se podría traducir como señor o señora, dependiendo del caso.

los días indicados para tirar cada cosa. ¿Habrá algún problema si lo dejo ahí? Si voy con cuidado para que no me vea nadie, seguro que no pasa nada.

Las reliquias de mi vida en este apartamento caben en cinco bolsas de plástico. Miro por la mirilla para comprobar que no hay nadie. Saco la basura. De pronto, el vecino del primer piso baja por la escalera. Vuelvo dentro y contengo la respiración. No tendría por qué comportarme así, pero hasta que no desaparece no vuelvo a respirar con normalidad.

Sin soltar la bolsa de viaje, echo un vistazo en la sección infantil de los grandes almacenes Kichijoji, aunque en realidad no sé qué comprar. Tengo pañales y leche maternizada; quizá sea buena idea adquirir un termómetro y unos bastoncillos.

Antes de darme cuenta estoy en la sección de ropa, inundada de colores pastel. Extiendo un vaquero diminuto, vuelvo a doblarlo. Miro un jersey que me gusta. Tiene un precio prohibitivo, como si fuera de adulto. De pronto, me acuerdo de que hace dos años estuve en esta misma sección. Ni siquiera me detuve en la de mujeres; vine directamente aquí y me puse a revolver con una sonrisa dibujada en la cara.

Vuelvo a dejarlo todo amontonado y sin saber por qué me entran ganas de llorar. Sin embargo, me digo a mí misma que no hay razón para compadecerse. Ya no soy la mujer de entonces; ahora tengo a Kaoru.

Compro un mono entero rematado con un cuello de felpa, un barbero, bodys, papilla para bebé, un pato de peluche. Total: dieciséis mil yenes. En la pastelería adquiero una tarta para Yasue: dos mil quinientos yenes.

Tengo casi cuarenta millones ahorrados en el banco.¹ Es la cantidad que recibí del seguro de vida de mi padre cuando murió, sumada a sus ahorros y a la liquidación que me dieron al dejar el trabajo. Una cantidad considerable. Hasta ayer sólo significaba que no tenía ninguna urgencia por encontrar trabajo. Hoy, en cambio, las cosas han cambiado. Con ese dinero tengo que mantenerme a mí y a Kaoru. Se

1. Alrededor de 290.000 euros.

me ocurre que quizá por eso mi padre me dejó tanto, pero por mucho que sea, algún día se acabará. Es mejor no derrochar. A partir de ahora debo ahorrar. Me guardo el tique de compra en la cartera y salgo de los almacenes.

Por la noche baño a Kaoru. Yasue entra en el cuarto de baño sin quitarse la ropa para echarme una mano. Es mi primera vez, pero ella no debe darse cuenta. Me preocupa que la niña se me escurra en la bañera por culpa del jabón. Tardó tanto que Kaoru empieza a llorar con fuerza.

—¿Siempre eres así de cuidadosa? En verano da igual, pero si vas tan lenta en invierno, se va a resfriar.

Me da consejos como si fuera mi madre. Al final es ella quien le lava la cabeza a la niña, a pesar de que se empapa. Terminamos juntas y me meto en la bañera con Kaoru en brazos. Yasue sale del baño.

—Cuando quieras sacarla me avisas. Espero aquí fuera.

Observo el cuerpo desnudo de Kaoru. Tiene las extremidades y el vientre muy blancos, frágiles. La niña deja de llorar y sonrío levemente. Le hablo en voz baja.

—Te sientes mejor, ¿verdad? ¿A que sí?

Kaoru me mira distraída con la boca un poco abierta. Llamo a Yasue para que se haga cargo de ella y me limpio de prisa. Escucho cómo le habla.

—Qué gustito ahora, ¿verdad?

Cuando salgo, ya le ha puesto el pijama. La sostiene en brazos y sonrío. Su sonrisa parece iluminar todo lo que hay alrededor.

5 de febrero

Kaoru empieza a llorar sobre las cuatro de la mañana. Le cambio el pañal. Intento darle un biberón, le hago carantoñas, pero no se calma. Su llanto resuena en la casa sumida en un profundo silencio. Me desespero. Empiezo a inquietarme. Kaoru llora con todas las fuerzas que puede reunir en su cuerpo minúsculo. Cuando su llanto alcanza el clímax, su respiración se vuelve entrecortada. Me aterroriza la posibilidad de que pueda asfixiarse. ¿Por qué no para ya? ¿Qué le pasa? La acuno en brazos, empiezo a dar vueltas por la habitación.

Estoy segura de que ni Shigeharu ni Miki ni Yasue pueden dormir. «Voy a salir a pasear», me digo. En el mismo instante en el que se me ocurre la idea, la niña vomita la leche que había tomado antes de dormir. Limpio precipitadamente con una toallita húmeda su boca, el tatami...

Por primera vez pienso que quizá esté enferma. «Hospital –me digo-. No, no puedo ir al hospital. No tengo tarjeta sanitaria ni libro de familia. ¿Qué hago?» Kaoru no deja de llorar. Mi cabeza discurre cada vez con menos claridad.

Yasue abre el fusuma con cuidado. Lleva el pijama puesto.

–¿Ha vomitado?

Se hace cargo de la niña, le quita la ropa, la limpia alrededor del cuello. La cambia deprisa y se marcha a la cocina para volver con un biberón lleno de un líquido dorado.

–Zumo de manzana –me dice.

Kaoru se lo bebe sin rechistar. Yasue tiene la cara hinchada por el sueño.

–Te ayudaré en todo lo que pueda, pero ten en cuenta que no puedo hacer gran cosa. –Asiento con una inclinación de la cabeza-. ¿Lo has llamado? ¿Le has dicho al menos dónde estás?

Asiento de nuevo. Yasue se calla y mece a Kaoru en sus brazos. Yo la observo. La niña, agotada de tanto llorar, se duerme pasadas las cinco de la mañana.

Le toco la frente, pero no tiene fiebre. Yasue me da las buenas noches y sale de la habitación con los ojos todavía hinchados. La casa vuelve a sumirse en el silencio. Como no puedo conciliar el sueño, me pongo a mirar distraída los libros de la estantería. No hay muchos, así que termino enseguida. Alcanzo uno voluminoso titulado *Enciclopedia para la crianza* que llama mi atención. Es muy antiguo. Amarillea. Quizá se lo regalaron a Yasue sus padres cuando nació Miki. Mientras lo hojeo se cae un papel guardado entre las páginas. Parece un anuncio.

Está impreso en grandes letras: «Bienvenidos a *Angel Home*». ¹ Debajo, un eslogan: «Sólo después de liberarnos de nuestras posesiones alcanzamos la verdadera libertad». Hay un dibujo de un ángel que parece pintado por la mano de un niño y, más abajo, una foto desen-

1. En inglés en el original.

focada y algunos testimonios: «Después de conocer este lugar, siento alegría por las cosas más insignificantes». «A mi madre le dieron tres meses de vida. Vinimos aquí y ya han pasado tres años.» «Mi hija padecía dermatitis atópica crónica. Después de bañarse con Agua del Ángel, su piel está lisa y suave.»

Parece el anuncio de una secta o de un producto supuestamente milagroso. Me extraña que Yasue tenga algo así. En cualquier caso, lo vuelvo a colocar en su sitio y sigo hojeando el libro.

Llego a la parte de enfermedades infantiles: polio, sarampión, varicela, erupciones... «En caso de que el vómito y la diarrea persistan... Si la fiebre de cuarenta grados se alarga durante más de tres días...» Dejo el libro y miro a Kaoru. Ahora me doy cuenta de que esta niña que duerme plácidamente podría tener fiebre, vómitos, podría incluso dejar de respirar. Es más habitual de lo que pensaba, sólo que hasta este instante he vivido de espaldas a la realidad. Pensaba que iba a crecer sana, feliz. ¡Qué idiota soy! Kaoru no es un bebé imaginario, es un ser vivo que vomita y padece diarreas.

Cierro el libro porque me provoca una inquietud que se extiende por todo mi cuerpo. «No debería haberlo abierto.» Culpo al libro como si él fuera el único responsable de mi inquietud. «Debería dormir un poco. Cuando me despierte ya pensaré qué hago.» Apago la luz y me tumbo encima del futón, pero cuanto más me empeño en dormir, más me desvelo.

6 de febrero

Por la mañana Yasue me enseña a preparar comida para bebé. El cielo está despejado, el sol entra a raudales por las ventanas del salón. Miki mira dibujos animados. Kaoru está tumbada en el sofá, como si su cuerpo se hubiera pegado a él. Tiene el chupete en la boca y de vez en cuando mueve las piernas. Miki la mira, sonrío, toca los dedos de sus pies. Parece que a la niña le gusta. Le devuelve la sonrisa.

Aplasto una calabaza cocida. Yasue me pregunta:

–¿Cuántos meses tiene? ¿Seis, siete?

Me atormenta no poder contestarle enseguida. Me esfuerzo por recordar tan rápido como puedo.

–Cumple seis dentro de poco –consigo decir al fin.

No sé la fecha exacta de su nacimiento. Su padre dijo que nacería sobre el doce de agosto. Su mujer volvió a casa con la niña el veinticinco, así que debió de nacer entre el quince y el veinte.

Mi pequeña Kaoru tendría que haber nacido alrededor del treinta de julio, en plenas vacaciones de verano. La pobre se quedaría sin regalos de cumpleaños de sus compañeros de clase. Cuando aún podía, pensaba en ese tipo de cosas. Mi niña tenía que haber nacido en pleno verano.

–Nació el treinta de julio. Ya tiene casi seis meses. ¡Cómo pasa el tiempo! –me corrijo a mí misma antes de que sea demasiado tarde.

«¡Eso es! Ahora es mi niña, esa niña a la que iba a llamar Kaoru. Ha llegado a este mundo según estaba previsto.»

–Entonces es leo, ¿verdad?

Parece como si Yasue quisiera añadir algo, pero se limita a sonreír.

A mediodía le damos de comer a Kaoru lo que hemos preparado entre las dos: papilla de arroz, calabaza, zanahoria y espinacas. Miki no deja de mirar.

–¿Quieres que te dé comer a ti? –le pregunto.

–¡No soy un bebé! –me contesta con un gesto serio, pero cada vez que Kaoru abre la boca, ella también lo hace y eso me provoca mucha ternura.

Involuntariamente concibo una ilusión en la que estoy visitando a mi amiga Yasue con Kaoru, que ha nacido el treinta de julio. No tengo problemas ni preocupaciones. Estoy contenta. Sólo debo ocuparme de la cena. Volveremos a casa y cocinaré lo que me ha enseñado Yasue. Llego a creer de verdad que mi vida es así de plácida.

«No, no es una ilusión –vuelvo a pensar–. Es la realidad, es mi vida. La luz de la tarde entra por la ventana, en la tele hay dibujos animados, cocino con mi amiga, nos reímos...»

–Miki, se acabaron los dibujos.

La pantalla del televisor se ha quedado azul. Yasue se acerca para apagar el vídeo y de pronto se ve un anuncio a un volumen escandaloso. Acercó la cuchara a la boca de Kaoru, pero por mucho que lo intento, ella la rechaza. Yasue asegura que para ser la primera vez que come con cuchara, está bien. Le limpio la boca.

Encima del sofá hay un periódico doblado de cualquier manera. Cojo a Kaoru en brazos y vamos hasta allí. Con aire despreocupado, miro la tele y echo un vistazo al periódico. Ni anteayer ni ayer publi-

caron nada. «Seguro que hoy tampoco.» Por otra parte, me inquieta no saber qué ocurre. ¿No la están buscando? Lo dudo. Pero en el diario no aparece y no puedo saber qué hace la policía. ¿Hasta dónde habrán llegado? ¿A qué distancia están de Kaoru y de mí?

–¿Qué te pasa? ¿Hay algo interesante?

La voz de Yasue me provoca un sobresalto. Me hace tomar conciencia de que estoy leyendo el periódico con avidez, sin despegar la vista de las páginas impresas. Levanto la cara, aturdida. Yasue me observa desde la barra de la cocina.

–Por cierto, Yasue... –Me sale la voz ronca. Carraspeo, sonrío–. ¿Qué es *Angel Home*?

–¡Ay! ¿Lo has visto?

Parece avergonzada.

–Ayer hojé la enciclopedia y encontré el folleto. Me preguntaba qué sería.

Yasue se esfuerza por sonreír.

–Cuando Miki tenía tres años, sufrió una dermatitis atópica, aunque por suerte ya se ha curado casi del todo. El picor la hacía llorar y cuando salíamos a la calle, todo el mundo la miraba. Yo estaba muy preocupada. Fue entonces cuando encontré ese anuncio en una librería y les llamé para pedir ayuda, casi como si le implorase a una divinidad, pero era una gente muy extraña. –Aliviada por el giro de la conversación, escucho entusiasmada, como si la animara a seguir adelante–. Creí que podía comprarles alguna cosa por correo: comida biológica, remedios tradicionales chinos, pero se trataba de algo muy distinto. Resultó ser una especie de comuna instalada en lo más profundo de las montañas, y no paraban de insistir para que me fuera a vivir con ellos. Me parecieron peligrosos, aunque últimamente ese tipo de cosas está de moda, ¿no crees? ¿Te acuerdas de Tani-san, nuestra compañera de francés? Está enganchada con no sé qué seminarios... –Se explaya en todo tipo de rumores sobre nuestra ex compañera y después me dice en un tono despreocupado–: Hoy es el día de jornadas abiertas en el colegio de Miki. ¿Quieres venir conmigo?

Le digo que prefiero quedarme.

En cuanto se marcha me doy cuenta de que no soporto estar más tiempo encerrada y salgo con Kaoru. Le pongo un gorro de Miki que me

ha dado Yasue, me la cuelgo en el portabebés y la cubro con la manta. Así nadie podrá verle la cara. En todas partes, ya sea de camino a la estación o en el tren, tengo la sensación de que todo el mundo me observa. Me preocupa que Kaoru se ponga a llorar, pero está de buen humor; me mira todo el tiempo y sonrío.

Cambio de línea para ir a mi apartamento. Observo a mi alrededor, pero no veo a nadie que vigile. Han colocado unas pegatinas en el futón y en el frigorífico en las que se advierte de que es necesario avisar antes de depositar objetos más voluminosos de lo habitual. Paso al lado ignorándolas por completo. Miro el buzón. Además de anuncios, hay una carta de la inmobiliaria. Me la guardo en el bolso y regreso a la estación sin perder un segundo.

Es imposible que la policía rodee el piso de Yasue, pero no me puedo quitar de la cabeza esa posibilidad. Me repito que no son más que imaginaciones infantiles.

«¿Me van a detener? ¿Me van a separar de Kaoru?» La niña está dormida con su cara pegada a mi pecho. Me agarra el jersey con la mano derecha. «No pueden encontrarnos. No puedo entregar a Kaoru. Tarde o temprano tendré que irme del piso de Yasue. ¿Y después? ¿Adónde iré?»

Como había supuesto, no hay policía por ninguna parte. Frente a la entrada principal, bajo la luz de la tarde, Yasue y Miki esperan de pie.

—¿Dónde estabas? —me grita mi amiga—. ¿Cómo es posible que te marches y me dejes tirada en la calle? ¡Es increíble!

—Increíble —repite Miki.

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Yokame No Semi*
Traducción del japonés: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: octubre 2014

© Mitsuyo Kakuta, 2007

La edición original en japonés la publicó Chuokoron-Shinsha, Inc., Tokio.
Esta edición en lengua castellana se ha publicado según acuerdo con la autora a través de
The Michael Staley Agency, Inc., Tokio, y The Ella Sher Literary Agency, Barcelona.

© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2014

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 7804-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-44-6
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6075-5
N.º 34447

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos
de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)